

## **LA PAMPA, SIMPLE Y REAL.**

*(Un lugar... Mi lugar y por qué no, tu lugar)*

En miles de ocasiones, el corazón se me estruja al escuchar decir, tan livianamente, que “La Pampa no tiene nada”. Duele escuchar éstas palabras, en boca de algunos pampeanos. No obstante, también es bueno decir, que el pecho se agiganta de orgullo, cuando algún forastero se deshace en elogios sobre sus ocasos y amaneceres, la inmensidad de sus llanuras o el suave ondular de sus trigales...

De inmediato repican en mí, las palabras de Leonardo (Da Vinci), “*no se puede amar, lo que no se conoce, ni defender lo que no se ama*”.

Pienso... ¡“La Pampa lo tiene todo”!, ¿cómo es que no lo ven?

Aun admitiendo que cada persona tiene diferentes experiencias de vida, pensamientos y visiones del mundo, es imposible dejar de apreciar la inmensidad de sus horizontes francos y lineales, que -en el ocaso- destacan una paleta de mil colores y sonidos, anunciando, la transición de un mundo que se aquieta y otro que empieza a vivir, bajo la luz de la luna.

Cuando miramos el cielo nocturno, todos vemos estrellas. Pero lo cierto es que, las percepciones de lo que vemos pueden ser bien distintas unas de otras. Para mí, mirar el cielo pampeano, con ese manto blancuzco que define la Vía Láctea en todo su esplendor, es ver mucho más que eso. Es encontrar en él, una brújula transgeneracional que le dio a mi abuelo, las coordenadas correctas -en su ruta de resero- al transportar ganado de un lugar a otro; a mi tatarabuela, la esperanza de ser encontrada en su cautividad del desierto, y a nosotros, la oportunidad de aventurarnos en la búsqueda de constelaciones o escuchar anécdotas fogoneras de apariciones y tradiciones camperas.

Desde la estepa centro sur de esta provincia, se asoman las ancestrales “Sierras de la vida” (Lihué Calel). ¡Fascinantemente místicas!. Y, a unos pocos kilómetros de Santa Rosa, la Reserva Parque Luro, recibe cada año, turistas ávidos de la experiencia de la brama. Ambos, bibliotecas vivas de divulgación científica y reservorios naturales de especies autóctonas.

Así como el león es el rey de la selva, el majestuoso caldén lo es de nuestra llanura. Fiel de toda su inmensidad. A sus pies, una gran riqueza arbustiva y faunística conforman un escenario sublime para el fotógrafo ocasional.

Puede que no tengamos “un arroyito cercano donde mojar las patas”, pero tenemos numerosas lagunas cíclicas y salitralas, que otorgan espejos repletos de biodiversidad estacional. Tampoco hay que olvidar, que detrás de los versos de Cortez, “*La Pampa es un viejo mar*”, hay una historia impresa en las piedras del desierto, que nos mira, desde el comienzo de los tiempos. O en aquellas otras melodías, que susurran en el viento, lastimeras luchas del río robado... “*Agüita, cielo perdido, que te nos vas de las manos, vienes viniendo en el vino y La Pampa te hace canto*”

¿Cómo no imaginar sueños y sentires de cientos de hombres y mujeres, tan simples como la pampa misma?... ¿Cómo no valorar, que este suelo que pisamos, es el mismo de Calfucurá, Baigorrita y Mariano Rosas; pero también, de cientos de colonos ignotos venidos de lugares lejanos para trabajar la tierra y hacerla producir? ¡De allí venimos... y así somos!. Mezcla rara de etnias

contrapuestas pero de corazón abierto de sincera hospitalidad y genuina amistad.

Esto es La Pampa... ¡Esta es mi Pampa! El lugar donde nací, florecí, parí... y dónde tengo mis muertos. Donde elijo vivir y donde quiero morir...

Estoy convencida de que es momento de aprender. Saber.

Preguntarnos. Indagar. Bucear en el pasado. Andar el presente. ¡La Pampa se lo merece!. Cuánto más y mejor conozcamos sus secretos, más y mejor la podremos amar. Y, de la mano del amor y del conocimiento de su Historia, sus tradiciones y cultura, surgirá la fuerza de un ideario pampeano, no solo capaz de entender sus luchas, sino también anhelante de mostrarle al mundo, sus tesoros y brillar!